

**CARLOS A. DISANDRO**  
**TRES EDADES DE ORO EN VIRGILIO**

1

El texto que inicia esta temática en el mundo antiguo pertenece como sabemos a *Trabajos y Días* de Hesíodo, v.109-126. Allí el magno poeta griego describe el ciclo de las cinco edades mundanas: oro, plata, bronce, héroes, hierro. Ha llamado siempre la atención el desglose de la edad heroica, que podríamos estudiar según la estructura total del corpus hesiódico, o sea *Teogonía* y *Trabajos*. Simplemente subrayo que en *Teogonía* no hay cabida para el hombre, a cuya misteriosa existencia consagrará el poeta beocio el segundo poema. Mientras *Teogonía* propone un orden anabático, de culminaciones transfiguradoras, a las que están sometidos los aspectos erosivos del ente mundano, "hombre" significa katábasis irremediable, erosiva, contrastante; *hybris* que desajusta y desglosa. Mientras *Teogonía* es despliegue culminante en la Musa, cuyo canto con *Kalíope* (la bella palabra) los niveles entitativos del mundo, *Trabajos y Días* es despliegue recesivo, contradictorio, involutivo y por ende frágil, carencial, en la indigencia inexplicable, cada vez más indigencia hasta alcanzar por fin la disolución y la muerte. ¿Cuál de las dos imágenes hesiódicas se impuso en la mente griega posthomérica, posterior al período de los orígenes en que incluimos a Hesíodo? Tal sería pues el primer capítulo de un vasto problema que me limito a formular (1).

2

Otras son las condiciones que enmarcan la obra de Virgilio, después de acontecidos los lapsos helénicos de fundación, expansión, culminación del pensar poético griego. Esas condiciones que crían a Virgilio se pueden resumir en dos instancias fundamentales: la categoría lingüística, semántica propia del latín, por un lado; y por otro lado, el sincretismo histórico-religioso del siglo I a.C. que por comodidad llamaremos "sincretismo epigonal". Digamos dos palabras de cada referencia filológica.

La semántica latina es la del numen indiviso, no la del mito fontal. Y en este sentido la experiencia lírica reconstructiva de todos los poetas latinos es una *variatio* en esa semántica, tal como lo siente Propertio, por ejemplo, en su famosa sentencia recapitulatoria: *Sacra facit vates, sint ora faventia sacris*. (2).

El sincretismo epigonal, cuya herencia convive Virgilio desde su juventud hasta su madurez y su muerte que hoy recordamos, tiene dos

caracteres fundamentales, que explican muchos matices profundos del texto virgiliano: es un sincretismo salvífico, cuyo mejor ejemplo podría ser la égloga V, la IV geórgica, el canto VI de la Eneida. Es un sincretismo que se desentiende de las perspectivas analíticas del pensar griego, relega la virtud metafísica del ente (como unidad de *einai* y *noein*) y redescubre, o reincorpora la experiencia *mystérica* griega. Según ella Virgilio redimensiona y completa con caracteres profundos la antigua religiosidad itálico-latina.

La semántica latina precisamente le permitirá a Virgilio el arte inconfundible del "resonare" lírico, que sin discriminar ahora exhaustivamente compondríamos de "sonare", "consonare", "resonare" (3).

El sincretismo epigonal le ofrece a Virgilio el continente de un peregrinaje poético, cuyas características hemos trazado en otra ocasión en alguna Semana de Estudios Romanos (4). Se concibe pues que un tema, construido como un bordado en una tela preexistente, retome rasgos insólitos y que según trasiego en el "resonare" virgiliano escuchemos una música apenas presentida.

Es esto lo que ocurre precisamente con el tema de la edad de oro en el texto del poeta insigne. El "sonare" sería aquí la tradición arcaico-helenística (de Hesíodo a Arato), que de trasiego en trasiego llega al período de Augusto. El "consonare" en cambio se afincaría en el oído virgiliano que elige conscientemente cortes temáticos, harmónicos expresivos y contrastantes; y el "resonare" en fin definiría la *variatio* insólita, sutil, donde habita una lírica absoluta, no incoada antes, libre del trasiego acontecido y del marco mítico subyacente. Ella dispone en el corpus poético virgiliano (considerado como organicidad viviente) un arte de las correspondencias entitativas y musicales, un despliegue de resonancias multívocas que brotan, fluyen y se esfuman como la melodía desde la cuerda pulsada por la mano o el arco. ¿Qué es esa melodía, o sea, qué es esa resonancia distinta de la cuerda y la mano, distinta también de la vibración que finca en la coyuntura de la una con la otra? Tal sería el misterio del arte virgiliano, que no puede definir el recuento temático (sería como computar las cuerdas *per se*), ni la figura de las congruencias semánticas o sintácticas (sería como computar el movimiento de los dedos en el citaredo o arpista). ¿Qué es pues esa melodía, cuál es el misterio de esa resonancia virgiliana, detalle intramundano de una vasta vibración que todo lo evoca, lo convoca, lo revoca, o lo funda y lo trasiega? ¿En dónde finca la abierta condición órfica de esta palabra que corona ritmo y semántica en el reino celeste de la Transfiguración olímpica? Es la gran pregunta de la filología virgiliana de hoy, del oído hodierno de todos los humanistas, cansados de una memoria obsoleta, conmovidos una vez más como en la edad media o en el renacimiento por el entrañable rigor de una música, resonancia a su modo de una música inextinguible. Ese oído y esa filología inquietan la poesía *per se*, el arte poético que clarifica la antigua sentencia del arcaico Hesíodo: sin las Musas no tiene sentido la vasta diacronía teogónica del ente cósmico(5).

La primera edad áurea virgiliana, la eglógica, es apocalíptica y escatológica. Apocalíptica, porque revela la inserción de la historia mundana en los ciclos cósmicos y abre así una nostalgia de la beatitud compartida en la perenne *renovatio saeculorum*. Compuesta en años trágicos de la guerra civil romana, la égloga IV expresaría la tensión del alma virgiliana por integrar el mundo en la experiencia del sosiego pastoril, un sosiego que trasciende la actitud de Tíiro en la vasta conciliación de los orígenes (6).

Es escatológica, pues el trocamiento de los signos férreos en los signos áureos, la lenta extinción de los *sceleris vestigia nostri* y la lenta emersión de los anuncios transfiguradores propohe un *éskhaton physico-cósmico-histórico*, según una maduración intramundana, insoslayable para el hombre y en la que el hombre es sólo una parte. Este *éskhaton* da sentido en realidad a la totalidad del ciclo. En las églogas encontraríamos un sentimiento paradisiaco de amparo y beatitud congruente con la expresión mítica de la égloga. El espacio bucólico, el espacio arcádico es persistencia de la edad de oro, trámite de su reinstalación, pasaje insertado en las edades conflictivas y por ende condición de un ocio y una alabanza que interpreta, de modo profético, el advenimiento de ese *éskhaton*.

La segunda edad áurea corresponde al horizonte de las *Geórgicas*, (7) es decir, del *labor improbus*, el trabajo inexcusable, moderador, salvífico y fundante, según ciertas categorías virgilianas, entendidas quizá mejor por la Edad Media que por la modernidad. La primera cuestión que dificulta la interpretación aquí considerada es la contrapuesta semántica de *labor* y de *trabajo*. No son absolutamente claras ninguna de las dos etimologías, pero sí sabemos que entre una y otra se interpone para el campo de la derivación románica, la semántica del latín cristiano, lo cual obliga a ser cauteloso tanto en lo que atañe a las diferencias profundas, como en lo que denota un curso de trasiego espiritual. En cualquier forma, *labor improbus* es una continuidad operativa y fructífera que al transformar por la agri-cultura la tierra mostrenca en la *magna parens frugum*, prepara el acto consciente de la cultura, *ut sic*.

La segunda edad de oro virgiliana es la edad del trabajo, es la edad operativa y salvífica, tal como podemos entreverla en la compleja estructura poética de las *Geórgicas*. Operativa significa una promoción de la

natura daedala rerum (como dice Lucrecio), que permite un bello surco, o la admirable condición del injerto, que el alma virgiliana contempla en muda expectativa. Ahora estamos ante la tellus maternal, ante la magna mater fecunda, que repliega en los ámbitos itálicos todos los rasgos orgiásticos, coribánticos, y asume una categoría de conciliación cósmica originaria. Aquella vasta natura lucreciana se trueca pues en natura daedala frugum, en Saturnia tellus, en áurea tellus itálica, hesperica, beatífica. No es el pastor que contempla en el ocio meridiano la fulgente premonición de los aurea saecla transfigurados y diáfanos; es el labrador que transfigura, clarifica, culmina una natura selvática y salvaje, promoviendo de un modo originario la nueva unión del cielo y de la tierra; este labrador que por ser más denso y más vasto que el pastor resulta al mismo tiempo modelo operativo de la lengua poética, detalle cognitivo inexhausto que liga con los aurea saecla originarios. Salvífica, en fin, porque reconquista una perdida armonía, define un ámbito que el ocio pastoril no puede establecer, salvífica además porque concilia las generaciones, sustrayéndolas al férreo delirio de la guerra civil, ahonda la religión doméstica de los númenes intocables, renueva las energías constructivas de los di indigetes, cuyo imperio sobre la tierra itálica no puede cesar. Ambas categorías específicamente romanas, a saber, la muda ceniza de los antepasados, dispuestos en el eje de los di inferi, y las energías numinosas de los di indigetes, construyen en las Geórgicas esta edad salvífica a partir del episodio tan notable del lib.I, v, 121/sigs. (8).

pater ipse colendi  
haut facilem esse viam voluit, primusque per artem  
movit agros, curis acuens mortalia corda.

A la edad de oro, paradisiaca y mítica, sigue la edad de oro empírica, trasegada por el labor cotidiano, adensada en las nupcias misteriosas de las manos humanas y las glebas fecundas. A los saturnia saecla de los orígenes intocados sigue la Saturnia tellus, magna parens frugum, magna virum. A la laus del canto pastoril que retoma la dichosa circunstancia de una tierra que es la gracia de un numen inatendido y piadoso, las laudes Italiae, sede de una edad de oro histórica. A la diacronía cíclica, escatológica y profética, la sincronía dichosa, hodierna, presente en el contexto imborrable de la sangre y la discordia. En medio de la edad de hierro habitan los siglos dorados, aquellos que evoca el delirio mítico de Don Quijote: "Dichosa edad y siglos dichosos, aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna..." (I.cap.11).

¿Qué ocasionó en Virgilio este tránsito de la edad de oro epigonal, helenística, mítica, paradisiaca, a la edad de oro congruente con el contorno, empírica, romana, histórica? ¿Qué energías líricas dormidas despertaron en la dichosa Campania de las celebraciones poéticas? Dos motivos pienso son fundamentales: el conocimiento que el poeta recupera acerca de la entera dimensión itálica es uno. De mantvano o romano se hace itálico, tanto como de helenístico se hace hesiódico. El segundo motivo radica en cambio en la revocatoria del universo lucreciano, en la

certeza de que el saber poético de los antiguos vale más que el saber analítico de los *physiologi*, de los *physicos*. El primer motivo que llamaré por comodidad la diástole virgiana, ha de tener influencia decisiva en la *Eneida*, es tal vez una de las causas espirituales de la *Eneida*. El segundo motivo que llamaríamos la *metánoia* virgiana, la *metánoia* lírica instaura la poesía con la *natura rerum*, según una vía musical y semántica, muy diferente de la de Lucrecio, aunque sin Lucrecio sería incomprensible. Por ese camino además inaugura para occidente la tensión de una lírica absoluta, que aunque afinada en la tierra, en el ritmo y en la semántica precisa del latín, y que latín! instaura su propio espacio, su propia resonancia. Alcanzamos la esencia misma del "resonare" virgiano que como dije no se limita a las cuerdas, ni a la congruencia temática, ni al saber del signo lingüístico latino, que ha generado por sí un cosmos lírico, autónomo, absoluto. Aquel primer "resonare", inscripto en la primera égloga modula en las *Geórgicas* al "resonare" absoluto del mundo y genera la resonancia lírica *katexokhén*, más allá del mito y del paraíso, más allá de aquella contradicción que el ámbito pastoril sólo puede reconocer en la plenitud del aura contrastante de un mediodía apolíneo. Curioso resultado del labor *improbis* en Virgilio, en tanto contexto de la segunda edad áurea, congruente con la expresión poética del mantuano. Curiosa transfiguración del sudor campesino, *trocado* por imperio de la lírica virgiana en energía conciliadora y suscitante. En fin, curiosa resolución compositiva *didáctica*, que abre un horizonte lírico incontenible, capaz de confrontarse nada menos que con la lírica absoluta de los dos Esteban modernos: Mallarmé y George!

## 5

La tercera edad de oro finalmente, la que comparte las resonancias de la *Eneida* y que en el magno poema parecería la intuición más profunda de Virgilio, la edad demiúrgica y dispensadora, según un centro de referencias inextinguibles, inderogables, suscitantes. En otras palabras, la edad de oro mediadora y fundante, que genera un sentimiento de historia universal, inhallable en la antigüedad. No el *éskhaton* mítico o paradisiaco, no el contorno rudo del surco benedicto y fecundo, sino la dimensión temporal de la historia romana, que exhibe la densidad numinosa de Roma como coronación presente de toda *renovatio saeculorum*. Ese sentimiento que apunta en la égloga primera con la imagen del ciprés, o que en las *Geórgicas* trueca sus tensiones en fundación campesina, resulta ahora en la *Eneida* dispensación heroica, en aquella franja del mito que inaugura la historia universal y humanística. No la historia de los héroes, sino la historia del hombre.(9).

Dije edad de oro mediadora, reorientando en esa palabra la antigua semántica del término "demiúrgico". Pero ¿qué media esa edad, y cómo podría corresponderle tal epíteto, si el contexto mítico la supone el de-

cus de toda edad posible? He aquí la cuestión fundamental que plantea la estructura de la Eneida, pareja a la cuestión congruente con las Geórgicas: ¿cómo podría el trabajo, labor improbus, instaurar el ámbito culminante de toda renovatio? La mediedad o mediación de que hablamos es la inserción de lo mítico en lo histórico, que en el nivel heroico se cumple con Eneas, modelo de Rómulo; y que en la ciudad de Roma reordena un origen divino o teándrico, para el contexto de la entera humanidad contrastante. La caída de Troya es pues una katarsis renovadora, cuyo despliegue lleva a la emersión de Roma. Pero la emersión de Roma es el centro de la historia, donde se recogen e insumen todos los antiguos mitos teándricos; es fundación irrestricta de la historia universal.

En estas recónditas señales se advierte la profunda diferencia entre la memoria homérica y la memoria virgiliana. La primera es mítica, recupera la instancia fundacional más próxima a los dioses: Antiquitas proxime accedit ad deos. La segunda en cambio historifica el mito en busca de ese centro de referencia universal. La Eneida por tanto articula mito e historia, para hacer de la historia duplicación del modelo, para reorientar y recuperar el sentido del mito y hacer presentes las energías creadoras de los di indigetes. Roma es la sede inviolable de estos dii.

La edad de oro enéidica comporta pues la intuición de la historia universal, que trasciende el ciclo paradisiaco de las églogas, la impronta empírica del surco geórgico, y que al revocar el eterno ciclo hesiódico-empedocleo epigonal abre el sentimiento de un destino no sujeto a las figuras de la memoria mítica. Esa historia actualiza la esencia del hombre, patente en dos verbos latinos de insospechada profundidad: tueri y condere (10).

## 6

Recapitulemos pues nuestra interpretación comprensiva y totalizadora del texto virgiliano. La edad de oro eglógica es pastoril y mítica. En el carácter pastoril apunta el modelo del ocio, que es para Virgilio ejercicio de un poder laudante de transfiguración. En el horizonte mítico, escatológico, se renueva la nostalgia paradisiaca, tan fuerte en la cultura helenístico-romana de estos siglos fecundos.

La edad de oro geórgica corresponde a la instauración empírica de la tierra, de la magna tellus itálica, como sede numinosa e inviolable que permite el trasiego de una humanidad justa. Iustissima tellus, he ahí la dimensión geórgica, que define en su único epíteto congruente la inexcusable edad áurea de la concordia y la piedad campesinas. Recordando, como un símbolo, la expresión virgiliana in manibus terra, en el segundo canto geórgico, forjaríamos nosotros la impronta in manibus aurea aetas.

No es preciso retroceder a los siglos saturnios. Estos inhabitan el dichoso presente fecundo de la tierra. *Salve, Saturnia tellus* (II.173).

La edad de oro enéidica que desata definitivamente los ciclos ineluctables de la beatitud cósmica y prepara la apertura inagotable del *homo conditor*. Se ha cancelado el paraíso mítico; adviene su inserción en el *imperium* que describen los famosos hexámetros del libro VI, las *artes romanae*, modelo operativo de construcción universal. Curiosamente retornamos a la imagen condicionadora y exultante de la égloga I:

Urbem quam dicunt Romam, Meliboeae, putavi  
stultus ego huic nostrae similem .....  
.....  
Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes,  
quantum lenta solent inter viburna cupressi. (19-25)

Ahora comprendemos por qué Virgilio colocó esta égloga como inicio, prólogo o proemio. En ella coaligánse las intuiciones profundas, las intuiciones líricas del joven mentuano. Concéntranse en ella paraíso contemplativo, doloroso testimonio del sudor animal y humano, grandeza inocultable de la vertical romana. Sería entonces la égloga I proemio lírico, significante, simbólico del entero espacio poético de densísimos hexámetros que son siempre “resonare” irrestricto en un “consonare” entrañable, trasiego a su vez de un “sonare” piadoso, deslumbrante, involuclable.

7

¿Hacia dónde mira Virgilio en su lecho de muerte, en Brundisium, aquel 21 de septiembre del año 19? ¿Hacia la Hélade, más allá de la lumbre del Adriático, que ha cruzado tal vez penosamente en viaje de retorno a su recogimiento en Italia? ¿Hacia el Lacio misterioso, hacia Roma o hacia Mantua; hacia la Campania, colmada sin duda de indefinibles resonancias? ¿Ha comenzado acaso, frente a ese mar de incógnito trasiego, en esta marcha cósmica hacia el solsticio de invierno, en este crepúsculo otoñal, trasegado de lumbres impalpables y música concorde, ha comenzado quizá la muerte y por ende el trasiego de la antigüedad? ¿Preludia la muerte de Virgilio, junto al Adriático, la muerte anunciada en ese mismo mar, la muerte del gran Pan, llorado con llanto incontenible por la natura cadenciosa, conmovida, inconsolable?

La muerte autumnal de Virgilio nos retorna impensadamente a la gran imagen trágica y develadora de los humanos:

quam multa in silvis autumni frigore primo  
lapsa cadunt folia.....(VI.309-310)

las frondas doradas y caducas con las que pasa el melancólico vate, profundo, inabordable, misterioso. Un dorado follaje, denso, terrígeno que vuelve al secreto de la tellus itálica, y remansa su grandioso “resonare” nítido, esplendente, estremecido, como una melodía que funda eternas primaveras, como una lira insigne que acorda cosmos y hombre, hombres y dioses, dioses y lumbre, para ser de nuevo esplendorosa Roma intacta; como un pensar lírico que en cada fina hoja yacente en su ceniza considera el númen órfico de todas las audiencias, de todos los ascensos y descensos mystéricos inviolables, de todas las terribles contradicciones que hacen de los hombres el territorio de la muerte convocada: **Salve, magna Mors, intemerata y sublime!**

Así lo evocamos hoy en este bimilenario, trágico y férreo ciertamente, estremecido por potencias aquerónticas, crueles, funestas, inmisericordes, replegadas por el canto virgiliano en su sede del vestibulo infernal. Sabemos sin embargo que con Virgilio los órficos hexámetros de áureas edades amansan a la fieras, trasiegan las montañas, renuevan los viñedos y las glebas y fundan las ciudades. Nuestro maestro signa con signo irrevocable la piadosa mano lírica que asume en la durísima edad de la discordia la fundación inderogable de la edad de oro, como **imperium sine fine**. Oigamos a Virgilio y dispensemos con artes virgilianas las tres edades que el poeta concilia, para una gran edad de oro americana, en esta América incógnita que será de rasgos virgilianos, a no será sin duda. Tal es nuestro recuerdo y tal nuestra nostalgia.

## NOTAS

Este texto fue leído en la Facultad de Humanidades de La Plata, en un acto realizado por el Instituto de Filología, el 30.X.81, para conmemorar el bimilenario de la muerte de Virgilio. Con él se inauguraron asimismo las Jornadas Greco-romanas de la Universidad Católica de Valparaíso (Valparaíso, Chile). en las sesiones correspondientes, 1981.

- 1.- Para estudiar la extraordinaria repercusión del tema hesiódico en todo el mundo antiguo y en toda la tradición literaria occidental es importante ahora el libro de Hans-Joachim Mähl, *Die Idee des goldenen Zeitalters im Werk des Novalis*, Winter, Heidelberg, 1965, en part. pág. 11-102.
- 2.- Eleg. IV.6.1.
- 3.- Tengo en cuenta desde luego el hexámetro *Formosam resonare doces Amaryllida silvas* (egl. I.5.). Aquí *resonare* con su obvia significación en el canto pastoril sugiere sin embargo una congruencia lírica que Virgilio desplegará y precisará sin descanso durante treinta y cinco años. Cf. W. Wili, *Virgil*. Verlag Beck, München, 1930, pág. 20/sgs..
- 4.- Cf. mi trabajo *Virgilio y su mundo poético*, en *Semanas de Estudios Romanos*, Vol. I. Ediciones Universitarias de Valparaíso, UCV. Valparaíso, 1977, pág. 49-65.
- 5.- Friedrich Klingner, en su magno libro *Virgil*, Artemis Verlag, Zürich 1967, ha profundizado probablemente la comprensión filológica más acendrada del antiguo poeta latino.
- 6.- Es inevitable referirse a J. Carcopino, *Virgile et le Mystère de la VI églogue*. L'Artisan du Livre, Paris, 1953. Pero conviene advertir que quedan dos aspectos en este decisivo trabajo que podrían complementarse: a) uno referido a las fuentes; b) otro, a la complejidad semántica y lírica del poema bucólico. Sobre estos dos aspectos preparo un breve informe que modifica algunos detalles propuestos por Carcopino.
- 7.- Puede confrontarse ahora el importante trabajo de Patricia A. Johnston, *Virgil's agricultural golden age. A study of the Georgics*, Brill, Leiden, 1980. Cf. la reseña de *Gnomon*, 53, 1981, pág. 763/sgs. que puede servir de guía para valorar el trabajo de Miss Johnston.
- 8.- Cf. nuestro trabajo *Las Geórgicas de Virgilio. Estudio de estructura poética*, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, en particular la segunda y tercera partes, vol. XXII, Buenos Aires, 1957, pág. 175/sgs.
- 9.- Cf. ahora Agathe Thornton, *The living Universe. Gods and Men in Virgil's Aeneid*. Brill, Leiden, 1979.

**10.- Debemos partir para este tema del tratado ciceroniano de re publica, año 54 a.C. (Teubner, ed. Ziegler) y estudiar la importante influencia del vocabulario y de la concepción ciceroniana. He subrayado estos antecedentes en mi opúsculo El Sentido Político de los Romanos, ed. Horizontes del Gral., Buenos Aires, 1973.**